

El epitafio de los perdedores

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Epitaphs for Underdogs*

En cubierta: Litografía de A. Czerniewzki (1934)

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Andrew Szepessy, 2022

First published as *Epitaphs for Underdogs* by Vintage.

Vintage is part of the Penguin Random House group of companies

© De la traducción, Esther Cruz Santaella

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19207-50-0

Depósito legal: M-9.271-2022

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Andrew Szepessy

El epitafio de los perdedores

Traducción del inglés de
Esther Cruz Santaella

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

PARTE UNO Primer vistazo

1	Poco a poco, olvidaré el color de tu pelo sedoso...	13
2	Un estómago húngaro nuevo	27
3	Dentro, fuera, de dentro afuera	37
4	Gitanos azules	48
5	Más allá de toda duda razonable	56
6	Por la protección del Pueblo	64
7	Público cautivo	76
8	Tortugas y subastadores	85
9	Sapo, rata y hoyo, hoyo, hoyo...	93
10	Filigrana fulgurosa en libertad	100

PARTE DOS
Segunda vuelta

1 Una noche cálida en Budapest	115
2 Pelirrojo de compras	129
3 Ven a volar conmigo	137
4 Una pajarita a rayas	150
5 Los gemelos de Dios	173
6 ¡No hay que olvidar el trigo!	187
7 Girasol junto a un muro al sol	199
8 Normativas sobre: Muelles, ingesta de	210
9 San John el Iluminador	228
10 Duchas calientes y buenas intenciones	271
11 Palabras sin canciones	287
Epílogo: puede leerse antes, claro, ya que son notas sobre pronunciación y significado de nombres y términos húngaros.	301

La mayoría de los hechos que se relatan a continuación tuvo lugar —de una forma u otra— en la República Popular de Hungría a mediados de la década de 1960.

El resto está —de una forma u otra— a la espera de ocurrir, o de volver a ocurrir, en algún lugar del planeta Tierra.

PARTE UNO

Primer vistazo

Poco a poco, olvidaré el color de tu pelo sedoso...

Era una de esas noches de pleno verano en las que el aire parece un vino aterciopelado y todas las sombras florecen. La negritud brota en tonos de añil, violeta y malva, y la oscuridad es tan cálida y suave como el más feliz de los recuerdos de la infancia.

No se movía ni una hoja. Torbellinos de risas vagaban por avenidas sumidas en sueños. Aromas embriagadores —acacia, jazmín, heno recién segado y lima en flor— entraban flotando por todas las ventanas. Ni la carne ni la sangre pueden resistirse a noches así, y el espíritu no conoce límites.

Las exquisitas tentaciones de esa noche tan perfecta, no obstante, las experimentaban con la máxima intensidad, no quienes paseaban despreocupados y sin ataduras por la ciudad, sino una selección aleatoria de hombres nada extraordinarios emplazados en un municipio rural lleno de polvo y bañado por el sol, en algún punto entre Budapest y el lánguido lago Balatón. La comparación era odiosa, desde luego, pues la imaginación de esos hombres nada excepcionales la había liberado la restricción, y sus recuerdos los había desencadenado el remordimiento.

Cada cual se había situado lo más lejos del prójimo más cercano que le permitían los muros de piedra. Un joven curtido de cabeza rapada incluso se había aplastado como un geco contra los barrotes de un ventanuco que había a unos cuatro metros y medio del suelo. Todos andaban sumidos en sus pensamientos, escuchando la noche.

Desde algún lugar del exterior llegaban a los oídos ráfagas intermitentes de jolgorio, como luciérnagas que coqueteasen en la oscuridad. Parecía seguro que en cualquier momento estallaría una voz plena de sentido, pero ni siquiera el geco calvo lograba atrapar una sola sílaba con claridad.

Pasado un rato, las risas se extinguieron. Aún permanecimos mucho tiempo esforzándonos por oír algo. Tras una larga espera, todo el mundo tuvo claro que esas risas no iban a volver.

El silencio se cernía en el aire suave, cargado de pensamientos callados. Todos veíamos caras distintas, por supuesto, como distintas eran también las voces que oíamos en nuestra cabeza. Distintas calles recorrían nuestra mente, casas diferentes, manos diferentes, paredes de dormitorios que no tenían nada que ver entre ellas y tazas de café matutino muy diferenciadas unas de otras. El dolor de corazón, sin embargo, se parecía mucho en todos.

De golpe, nuestras ensoñaciones se dispersaron. Un acordeón. Estaba lo bastante cerca para oírse alto y claro, pero demasiado lejos para venir de dentro. El instrumento no tenía ni idea de cuántos remordimientos transportaba en las corrientes de sus alegres cuerdas, y, como no lo sabía, no podía importarle. En cualquier caso, era más que bienvenido. Caras animadas, ojos iluminados... Incluso el geco rapado de la pared esbozaba una sonrisa.

Desde una celda vecina, un grito ronco de deleite saludó al acordeonista invisible. Los hombres se abrieron como flores. Los hombros se relajaron, las frentes se despejaron y todo el mundo se puso a pasear en todas direcciones, con la actitud gallarda y desenfadada de quien va camino de algún sitio.

Fuera la hora que fuese, el Toque de Silencio había pasado hacía mucho rato ya. Aun así, no se veía ni rastro del guarda de servicio y, como era de esperar, nadie lo echaba de menos tampoco. Estábamos intercambiando una cháchara intrascendente en el mismo tono afable e informal con el que habríamos intercambiado unos saludos nocturnos en algún bulevar de Montmartre o Niza. El cálido vino aterciopelado que se filtraba por los barrotes de hierro nos traía algo irresistiblemente embriagador y subversivo en su aliento afrutado.

—¿Te has enterado de lo del Secretario del Partido de Csepel? —dijo en voz de trino una cabeza distinguida, con modernas canas en las sienes.

—¿El que ha puesto una demanda de divorcio? —llegó la oportuna réplica.

—Ah, entonces te has enterado, ¿eh?

—¡Solo lo he oído unas quinientas veces!

—¡Pues estás listo para una más! —gritó otra voz.

—¡Queremos oírla otra vez! —exclamó una cuarta—. ¡A no ser que alguien tenga algo mejor que hacer esta noche!

—«¡Lo que exijo es que este tribunal me conceda ya el divorcio!», declara el Secretario del Partido. «¿En qué motivos se apoya?», pregunta el juez con bastante educación. «¡En todos los que ha apoyado ella su culo gordo!», se lamenta el Secretario. «A-dul-te-rio», anota el juez. «¡Adulterio FLAGRANTE!», ruge el importante Camarada. «¿Con

un solo coadúltero?», pregunta el juez. «¡No, no! ¡Al menos con cinco coadúlteros distintos!», exclama el oficial. «¿Uno por uno o todos a la vez?», pregunta el juez, sin mutar el semblante mientras aprieta en busca de detalles. «¡Aaaajjj!», se lamenta el demandante. «Ejem», tose el juez, haciendo lo posible por adoptar un tono diplomático. Y continúa: «Entiendo. Bueno, ¿cuándo tuvieron lugar esos, bueno, esos coadulterios?». «¡En verano, mientras estábamos de vacaciones!». «Ah, ¿sí? ¿Y fueron a algún sitio bonito?». «Al lago Balatón». «¡AL LAGO BALATÓN!», vocifera el juez. Y añade: «¡Como grite otra vez, ami... eh... camarada, lo encierro por Desacato al Tribun... eee... por Agravio contra... em... la Propiedad del... ejem... del Pueblo! ¡La Ley será ridícula, pero el lago Balatón es el lago Balatón! ¿Es que no tiene usted vergüenza? ¿No tiene orgullo? ¿No tiene sentido de la historia? El lago Balatón ha sido el centro erótico de toda la región de los Cárpatos desde antes de los romanos. Lo que ocurre allí nunca ha sido motivo de divorcio y, mientras quede algo de sentido común en este Tribu... em... en esta República Popular, así será. ¡Cinco coadúlteros! ¡Un hom... Camarada de su posición debería estar orgulloso de que su esposa se tome tan en serio el bienestar del Pueblo! ¡Caso desestimado!».

Nuestras voces se alzaron junto a nuestro ánimo hasta que llegaron a un nivel que, sin ninguna duda, contravenía las normas. A nadie le importó un pepino. De todos modos, desde nuestra posición ninguno alcanzaba a ver qué más teníamos que perder. Y, mientras tanto, nuestros carceleros seguían estando visiblemente ausentes.

Por norma, ya habrían caído sobre nosotros como una tonelada de ladrillos. Lo más probable, pues, era que la magia de aquella noche hubiese hecho desaparecer a todos

los miembros del personal capaces de inventar algún tipo de excusa. No quedarían apenas zoquetes suficientes para mantener en marcha los procesos rutinarios, mucho menos para afrontar emergencias.

Más allá de cuál fuese la explicación, nos habíamos bebido ya unas cuantas botellas de litro y medio de ese vino aterciopelado y añejo del verano cuando al fin hizo su aparición un representante de las Autoridades. El uniforme desaliñado y el rostro amargo nos dejaron claro de inmediato cómo se sentía exactamente el Camarada Carcelero ante el hecho de estar de servicio en esos momentos.

Verlo nos espabiló del todo. ¡Justicia poética en vivo y con venganza! Quedaba claro, cristalino, que nadie en toda aquella prisión sentía una infelicidad mayor por estar allí que el esquelético grupo de carceleros sentenciados a pasar esa noche de noches defendiendo la Ley y el Orden en la República Popular. Y, entre ellos, ninguno podía sentirse más infeliz que aquel madero en concreto.

Cruzamos la mirada con la suya. Ninguno pudimos resistirnos a sonreír. La autoridad se le escapaba por el uniforme como el aire sale de un globo pinchado. Se fue encogiendo bajo la calidez de nuestras sonrisas y no hizo ningún comentario sobre el alboroto general, obvió la insolencia que mostramos todos al no presentarnos a inspección e hizo oídos sordos a las numerosas conversaciones que no paraban ni para respirar. De sus labios no salió ni una palabra sobre el hecho absurdamente obvio de que nadie estaba preparado para dormir ni cumplía tampoco (dejando a un lado la ineludible existencia de nuestros cuerpos) con ninguna de las normas de la prisión.

¿Quizá el espléndido aire le había ablandado el corazón? O a lo mejor era que no le había ablandado el cerebro hasta

el punto de pretender arrastrarnos a un aislamiento sin suficientes compañeros cerca que le cubriesen las espaldas. En cualquier caso, nuestro Desaliñado Uniformado no logró formular ni un solo murmullo. En vez de eso, se dio la vuelta e hizo un gesto extraño hacia el pasillo que quedaba fuera de nuestra vista, gesto al que respondió una figura entrando de repente en el campo de visión. Nuestro madero le agarró la manga y metió la figura de un puñado en la celda, tanteó para apagar la luz y se largó.

Lo que la presencia oficial del carcelero no había conseguido ni por asomo lo logró de inmediato la llegada inesperada del hombre nuevo. Nos quedamos en silencio al unísono. No era tanto por el tipo en sí, sino por el hecho de que apareciese entre nosotros de aquella manera. A todos nos sobrevino el mismo pensamiento: si existía una noche en la que un hombre no debía estar bajo arresto era esa, ¡sin duda!

En lo que a nosotros respectaba, bien estaba; después de todo, ya estábamos allí dentro. Pero ¿aquel hombre? Seguro que solo unos pocos momentos antes había estado a su aire, paseando tranquilamente por alguna calle bañada por la luna y salpicada de adelfas, llenándose la nariz con el intenso aroma de la flor de la acacia y escuchando los ruidosos solos de unos rruiseñores locamente enamorados, acompañados por el coro en masa de las ranas en cortejo. ¡Una noche que quizá ninguno de nosotros viviese para volver a ver!

El hombre nos devolvió la mirada en calma, sin expresión ninguna. Entonces, como estábamos todos demasiado pasmados para presentarnos, se alejó hasta la pared más apartada, se apoyó en el ladrillo duro y se sumió en sus pensamientos. Eso nos hizo volver en nosotros y nos acercamos en tropel a saludarlo.

Era un personaje alto, huesudo, muy bronceado, con el pelo canoso y algunas cicatrices de aspecto retorcido. Con cada minuto que pasaba se acentuaban sus pintas de tipo duro y, por mi parte, empecé a sospechar que quizá habíamos orientado mal nuestra compasión. No obstante, el embrujo de la noche pronto se consolidó y lo integramos en la conversación.

La situación de aquel hombre era incluso más conmovedora de lo que habíamos imaginado. No solo lo habían encerrado hacía apenas una hora, sino que no había pasado más de dos semanas en la calle. Su sentencia original había sido de cuatro años. Pasados tres, le concedieron una reducción de un año por Buena Conducta. Mientras trataba de ponerse al día con unos caóticos asuntos familiares, había abandonado sutilezas administrativas tales como personarse ante la policía local a diario. Por si fuera poco, no había encontrado trabajo. A los Expresidarios (sobre todo a los que les habían reducido las condenas) se les exigía por ley encontrar empleo en un plazo de ocho días tras su puesta en libertad. De no hacerlo, por la razón que fuese, incurrían en una condena automática por ser una Amenaza Pública, culpables de Reducir Deliberadamente la Tasa de Empleo. Y eso no era ningún delito menor en la República Popular.

Así, entre unas cosas y otras, nuestro recién llegado tenía de vuelta su año de reducción. Todos negamos con la cabeza y pensamos que era una pena. ¡Qué desgracia que no hubiese escapado a la red una noche más al menos! El hombre suspiró y se encogió de hombros.

—Ni siquiera llegué a dar con mi mujer —refunfuñó—, así que tampoco voy a quejarme por perder un año de chichinabo.

Nos juntamos poco a poco en el centro de la celda y nos dispusimos en torno a la mesa de madera gastadísima, sentados en taburetes de madera igual de gastados. Generaciones de manos de presos habían erosionado mesa y taburetes hasta darles la textura del hueso.

El sector más joven no quiso unirse a nosotros. El geco calvo seguía pegado a su ventana, en la pared. Un muchacho greñudo cuyo hermano era detective y un segundo cabeza rapada estaban tirados en el suelo, en un rincón. Nuestro último adolescente era un pequeño maniquí con arrugas prematuras del que sospechábamos que era un Soplón que nos habían colado. Ese chaval lo había dado todo por perdido y estaba escondido bajo su catre.

Nuestro buen ánimo fue decayendo por fases hasta hundirse en una profunda melancolía. La noche seguía siendo tan suave y aromática como antes. Solo había desaparecido el entusiasmo embriagador. Seguían sin importarnos un comino los carceleros y las normas, y todavía nos era imposible meternos en la cama. Pero ya no estábamos borrachos por la expectación. Cada vez que respirábamos aquel elixir nocturno nos carcomían la pena y el arrepentimiento.

Yo nunca había creído posible que emociones intangibles y subjetivas provocaran un dolor físico tan concreto como aquel. Pero ahí estaba. Nos retorcíamos por encontrar algún tipo de alivio, y al mismo tiempo sabíamos muy bien que la única forma concreta de alivio que de verdad ansiábamos era precisamente la que no podíamos conseguir. No nos servía de nada contemplar el vino aterciopelado y púrpura que se colaba por la ventana. No había manera alguna de que nuestra carne entumecida saliera flotando por entre esos mismos barrotes de hierro.

Ya habíamos sacado a pasear todos nuestros refranes y

tópicos más reconfortantes y habíamos reunido hasta la última de nuestras coletillas, clichés y argumentos circulares que más nos consolaban. Se nos había agotado el ánimo que absorbimos del desconcierto del madero. Tampoco quedaba nada de la emoción de haber roto las normas. El aire nocturno ya no era una ráfaga que despertara el deseo, sino una droga que no nos iba a dejar descansar. No quedaba nada más que el silencio de la desesperación.

Estuvimos sentados así más rato del que ninguno quiso adivinar, con la compañía de algún eco ocasional llegado de fuera. El tiempo nos machacaba con cada vez más dureza bajo su puño de granito, y cada instante pasaba más lento que el anterior. Incluso nuestros pensamientos se habían detenido.

De repente, la noche se desgajó. Terrible y perdido como el grito de un ave marina, un ruido me perforó cual aguijón por las plantas de los pies y luego me subió por la nuca, girando y retorciéndose aquí y allá con una ternura afiladísima, hasta fijarse al fin en forma de melodía antigua, cargada de una profunda tristeza que todos reconocimos a la par.

Con los pelos de punta y las palmas de las manos sudorosas, levanté la mirada de la mesa de madera gastada para observar la celda a mi alrededor. Con absoluta naturalidad y las marcadas facciones suavizadas por la emoción, el hombre nuevo cantaba a pleno pulmón. Todos sabíamos por qué lo hacía. No era por placer, ni suyo, ni nuestro. Era porque guardaba demasiadas cosas dentro y necesitaba sacarlas. Era su única manera de poder superar aquella noche.

El hombre nuevo ya no estaba allí dentro cumpliendo condena entre unos muros de piedra en un pueblo olvidado y apartado, en una República Popular menor, en los confines del territorio cerrado del Imperio Soviético en el

lado equivocado del planeta Tierra. Estaba muy lejos en la distancia y en el tiempo. Y nos llevó a nosotros con él.

Ninguno podíamos apartar la mirada del hombre. Para nosotros era Orfeo, el rey David, Oisín el Bardo y Gandalf el Gris, todo en uno. Cuando las últimas notas se diluyeron, hubo un largo silencio. El aire parecía más fresco y fácil de respirar. Entonces, otra voz se alzó desde el extremo opuesto de la mesa. Era Géza, nuestro gitano. Tenía el rostro empapado en lágrimas. La suya era una canción oscura e intrincada. Un recuerdo que se había olvidado hacía mucho y que aquel instante desenterró. Tenía voz de palo viejo y carecía por completo de oído. Pero en esos momentos no habría podido cantar ni una nota en falso, igual que la noche de verano no habría podido convertirse en una ventisca ártica.

Al terminar, volvimos a mirarnos unos a otros a la cara. Otro hombre asumió la carga:

*El río Tisza es un cementerio
cuando florece en millones
de mariposas, jugando sobre sus aguas,
pues ni un solo hermoso aleteo
sobrevivirá al día que pasa...*

Luego, otro hombre:

*Orgullosos parapetos del Kraszna Horka,
tras el velo de la noche escondidos,
los honrosos días del valiente Rákoczi
para siempre desaparecidos...*

Y otro más:

*Estas diminutas perlas, sobre la página nevada,
cuántas mentiras dicen.*

*Y yo solo pregunto, compañero:
¿Eres tú quien las escribe...?*

Y luego otro:

*En un bosque verde,
a la orilla de un arroyo,
ahí vivió una vez un gitano viejo...*

Y uno más:

Poco a poco, olvidaré el color de tu pelo sedoso...

Otros lugares mejores, otros días mejores. Canciones compuestas quién sabe cuándo por hombres ya sin nombre, palabras y melodías brotadas a raíz de incontables años de angustia y desesperación. Fragmentos de aire y de memoria. ¿Qué otra cosa podría ayudarnos en esos momentos?

Aquel estado de ánimo fue inflándose hasta convertirse en una marea abrumadora. Nada podía detenernos. Casi no oímos al madero cuando al final llegó aporreando la puerta. Nadie se dio cuenta cuando nos dio por imposibles. Ninguno de los jóvenes se nos unió.

La razón de esto último era que, sencillamente, no se sabían ninguna de aquellas canciones. El Régimen Comunista las había clasificado como excrecencias degeneradas de la Cultura Capitalista y había prohibido su reproducción y difusión públicas y privadas, en gran medida por la razón de que mantenían con vida recuerdos «irredentistas» de tierras perdidas y parientes perdidos, y fomentaban sen-

timientos insanos y subversivos, como el anhelo juvenil de cierto concepto vago y burgués de Libertad.

No obstante, los Himnos del Partido y los Panegíricos de Alabanza a la Fraternal Unión Soviética no habían demostrado ser sustitutos adecuados para las canciones que deberían haber sido el patrimonio justo de toda una generación, y la juventud de la República Popular había sentido profundamente esa pérdida. Estaban desesperados por encontrar algo que llenase el vacío. Nada de lo que el Partido ofrecía podía hacerlo. Y, así, la generación designada para llevar la bandera roja del Marxismo-Leninismo hasta el más prometedor de los futuros se convirtió, sin que nadie se diera cuenta, en fanática de la música pop occidental, capitalista y llena de excesos. Quizá fuera solo cuestión de suerte que ese periodo coincidiese más o menos exactamente con el ascenso, al otro lado del Telón de Acero, del *rock and roll*, Elvis Presley, los Beatles, los Rolling Stones y una auténtica plétora de excrescencias degeneradas por el estilo.

Independientemente de la interpretación que la historia le diese al final a todo ello, aquella noche de pleno verano la juventud del Pueblo no cantó, sino que lloró con desesperación en un rincón, en la ventana y bajo la cama. Llegó un momento en el que el hermano del detective ya no pudo aguantar más y vino a dar golpes en la mesa, maldiciendo y jurando, pidiéndonos que parásemos. Aunque todos sabíamos cómo se sentía, nuestra capacidad para dejar de cantar era la misma que para atravesar las paredes.

No sé decir cuánto se prolongó aquello, pero para cuando terminamos quedándonos en silencio había amanecido hacía un buen rato.

Nos miramos a la luz de la mañana; bajo la piel, al fin estábamos vacíos y en calma por dentro. El hermano del

detective parecía haberse desmayado. El geco calvo se cayó de la ventana, enterró la cabeza entre los brazos y se metió en un rincón. De debajo de la cama no salía ni un ruido.

El recién llegado lanzó la mirada en mi dirección, se golpeó el muslo y enseñó los dientes con una sonrisa de lobo.

— ¡Acaba de venirme! — dijo con una risa.

— ¿El qué?

— ¡Mi mujer!

— ¿Tu mujer?

— ¡Ya sé dónde está!

— ¿Dónde?

— ¡Abajo, en el lago!

— ¿Cómo estás tan seguro?

— Es lo lógico. ¿Dónde si no iba a estar?

— A mí que me registren.

— ¡En ningún otro sitio! ¡Me apostaría el cuello! La mujer es como una yegua salvaje cuando le entra el nervio. En las venas de esa moza corre sangre de la luna. Las noches como esta no vuelven. ¡La vejez se nos llevará a todos por delante antes de pillar otra igual! Mi mujer no es de las que desaprovecharían una noche así, ¡eso lo sé yo mejor que nadie! Y también os digo que no la culpo. Si soy sincero, solo puedo decir que, si no he sido lo bastante hombre para encontrarla esta noche, el macho en celo al que se esté cabalgando debería darle las gracias a su buena estrella por la suerte que ha tenido. Ese lago... Una mujer como ella... Una noche como esta... ¡Que le dé las gracias a su buena estrella!

Los ojos le centelleaban y la cara marcada se le veía arrugada en una sonrisa de buen humor, sin un mínimo rastro de malicia. Meneó la pesada cabeza y rio para sí. Y entonces se vino abajo de nuevo, se hundió en lo más hondo:

*Poco a poco... olvidaré...
el color...
de tu pelo sedoso...*